[aula abierta]

aula abierta 33
Sección del Suplemento Cultural
Tres Mil en apoyo a los programas
de Lenguaje y Literatura de Educación
Media del Ministerio de Educación
| Diario Co Latino |
| sábado 26 de septiembre de 2009 |
San Salvador, El Salvador, Centroamérica
Responsable: Vladimir Baiza

Primer año de Bachillerato

El Realismo:

El Jugador, de Fedor Dostoievski

Edgar Alfaro Chaverri

LEZAMA LIMA

Existe un autor cubano y universal, que convoca las cuerdas vocales del viento.
Poeta fenomenal, lanza una propuesta donde integra la imago, la esencia de las cosas, al sustrato mismo de la vida de los hombres y del mundo. Admirador de las pitahayas, las guayabas y las excelsas frutas tropicales, nos muestra por ende un colorido mundo de contradicciones y espoleos. Lezama es la poesía, por eso su amor por las cosas de este mundo, se trastoca en imágenes indelebles, complejas. Lezama es un reto contra el facilismo, un reto contra la incultura, un reto para su sabia lectura.
Los invitamos desde esta su Aula Abierta, a visitar los campos floridos de su poesía, en esta pequeña muestra en la portada y de la página 6. (VB).

LA MUJER Y LA CASA

Hervías la leche
y seguías las aromosas costumbres del café.
Recorrías la casa
con una medida sin desperdicios.
Cada minucia un sacramento,
como una ofrenda al peso de la noche.
Todas tus horas están justificadas
al pasar del comedor a la sala,
donde están los retratos
que gustan de tus comentarios.
Fijas la ley de todos los días
y el ave dominical se entreabre
con los colores del fuego
y las espumas del puchero.
Cuando se rompe un vaso,
es tu risa la que tintinea.
El centro de la casa
vuela como el punto en la línea.
En tus pesadillas
llueve interminablemente
sobre la colección de matas
enanas y el flamboyán subterráneo.
Si te atolondraras,
el firmamento roto
en lanzas de mármol,
se echaría sobre nosotros.

UNA BATALLA CHINA

Separados por la colina ondulante,
dos ejércitos enmascarados
lanzan interminables aleluyas de combate.
El jefe, en su tienda de campaña,
interpreta las ancestrales furias de su pueblo.
El otro, fijándose en la línea del río,
ve su sombra en otro cuerpo, desconociéndose.
Las músicas creciendo con la sangre
precipitan la marcha hacia la muerte.
Los dos ejércitos, como envueltos por las nubes,
se adormecen borrando los escarceos temporales.
Los dos jefes se han quedado como petrificados.
Después cuentan las sombras que huyeron del cuerpo,
cuentan los cuerpos que huyeron por el río.
Uno de los ejércitos logró mantener
unida su sombra con su cuerpo,
su cuerpo con la fugacidad del río.
El otro fue vencido por un inmenso desierto somnoliento.
Su jefe rinde su espada con orgullo.

José Lezama Lima
(Cuba, 1910 – 1976)

Fedor Dostoievski

'' La novelística rusa tiene en Dostoievski uno de sus más grandes exponentes, por no decir, el máximo; principalmente si la psiquis de los personajes creados es valiosa para el buen lector.''
(Página 1, Aula Abierta 33)

El realismo.

El realismo es la tendencia de ciertos escritores y artistas que representan la naturaleza sin ninguna idealidad. De alguna amnera se le considera una corriente contraria al romanticismo y a las ideas abstractas. Pero encontramos diferentes matices, desde el realismo clásico de los grandes escritores rusos como Dostoievski, entre otros; hasta el denominado realismo socialista, que fue cultivado bajo el amparo de la extinta Unión Soviética .

Fedor Mijailovich Dostoievski (1821-1881)

"Dostoievski, escritor ruso, nacido en Moscú. Luego de ser condenado a muerte por sus actividades revolucionarias, pasó nueve años en prisión. Más tarde escapó al extranjero, huyendo de sus acreedores (1867) y no volvió a su país hasta 1871. Las penalidades que sufrió en su vida han influido obviamente en la gran profundidad psicológica y el intenso patetismo de sus novelas".

La novelística rusa tiene en Dostoievski uno de sus más grandes exponentes, por no decir, el máximo; principalmente si la psiquis de los personajes creados es valiosa para el buen lector.

En este terreno, Dostoievski es un verdadero maestro, a grado tal que la angustia, el dolor, los remordimientos y la ansiedad del género humano, se traslucen como evidentes gotas de sudor en las palabras de sus ardorosas obras. Sudor de nervios crispados por la tensión, incluso, sudor helado como el del agobiado epiléptico que viene de ver el paraíso mismo, tras un severo ataque al sistema nervioso central.

Dostoievski supo en vida lo que es este mal, y entre sus terribles arremetidas, logró darse el tiempo suficiente para legar al buen gusto, obras de la talla monumental de *Crimen y Castigo*, o tan enconadas como *Los Hermanos Karamasov.*

Pobres gentes; La casa de los muertos; Humillados y ofendidos; El idiota; El eterno marido; Los endemoniados, Memorias del subsuelo, y, *El sepulcro de los vivos*, son otras de sus novelas.

"Dostoievski fue acusado de conspiración en 1849, luego de la publicación de sus dos primeras novelas, *Pobres gentes y Noches blancas*, que obtuvieron gran éxito, Dostoievski fue condenado a muerte, pero en el momento de la ejecución le fue conmutada la pena por la de cuatro años de trabajos forzados en Siberia".

Sucede que de cuatro en cuatro iban siendo fusilados los condenados, y Dostoievski como que sobraba. Por fin pasaron los últimos cuatro y quedó solito.
Aterrado, el pobre, oyó como un retumbo la mortal

Dostoievski, el famoso autor ruso de numerosas novelas realistas.

detonación de las carabinas. Sus nervios fueron cediendo poco a poco, lo ineludible se miraba en sus ojos. Todo parecía estar consumado. En eso, luego de sonar la última descarga, el oficial a cargo de la ejecución llegó para decirle que sería transferido a Siberia, aquéllo debió ser una espléndida campanada para los tímpanos ensordecidos de nuestro querido novelista.

Y al parecer, este su "destierro" detonó en él la gran profundidad literaria, al principio quizá más como una evasión, y luego muy probablemente, como un riguroso autoconocimiento de su propia alma. De ahí aprendió Dostoievski sin duda alguna, a escudriñar y elaborar la tan bien delineada personalidad de sus personajes, como ya veremos más adelante.

En su época dicha profundidad fue considerada como un elemento confuso, pero ahora, las cosas se han aclarado afortunadamente y la obra del ruso ocupa un lugar preponderante a nivel mundial.

Para el caso, sólo por poner un ejemplo de otra obra, en *Crimen y castigo*, se evidencia dicha profundidad en las elucubraciones de Raskolnikov, cuando vacila en robar o no a la vieja usurera, cuando se recrimina su muerte, cuando en la cárcel reflexiona acerca de los hechos que lo han llevado a ella.

"En *El Jugador* describe magistralmente la pasión del juego, con sus alegrías y zozobras, sus cálculos y desenfrenos, y por encima de todo, resalta el magnífico estudio que a través de sus excéntricos personajes hace del espíritu eslavo, impetuoso a la vez que ingenuo".

Precisamente, Dostoievski escribe *El Jugador* en tono autobiográfico, y principalmente por necesidad, ya que esta obra sale el mismo año que *Crimen y castigo* (1866), y decimos por necesidad, pues Fedor necesitaba dinero para pagar ciertas deudas que le agobiaban por esos días, y es así como "acosa" al editor con ambas obras.

Desafortunadamente, las cosas para el novelista no resultan como esperaba y se marcha forzosamente de Moscú en 1867. Sus acreedores quedan buscándole inútilmente, pues no regresará a su amada Rusia en algunos años, en los que la epilepsia y la creciente neurosis se turnarán para agobiarle, cuando no al mismo tiempo, con denodada ferocidad.

Pidamos peras al olmo...
a lo mejor quién quita y...

Dostoievski, como todo mortal, tuvo sus virtudes y sus defectos, y esto no es vulgar ecuanimidad, ¿que en qué medida y cantidad los tuvo...? quién sabe, eso es lo de menos... la obra literaria por su parte está intacta, sana y salva y eso es lo que importa.

Decimos esto porque en nuestro medio se suele condenar la obra por el autor, y esto es producto de los abundantes infantilismos ideológicos enquistados en nuestra sociedad, y sé que hay personas que por el hecho de decir *"ruso"*, *"revolucionario"*, desdeñarán la obra y así no se puede ni podrá nunca hacer cultura.

Sin embargo, es válido disentir cuando cultamente se argumenta que alguno prefiere a Gorki y no a Dostoievski, o como cuando alguien prefiere a García Márquez y no a Vargas Llosa, y lo que es mejor, incluso dice el por qué, pues para llegar a decir que se prefiere a un autor sobre otro es porque se ha leído a ambos, y se emite un juicio justo y convincente al respecto.

Breve reseña de El Jugador

Un grupo de empedernidos jugadores (apostadores) se da cita en la ciudad ficticia de Rulettemburgo (ubicada, supuestamente, a orillas del Rhin). Allí juegan incansablemente a la ruleta.

Indiscriminadamente se pierden fortunas enteras, algunos jugadores se recuperan y vuelven a apostar, otros, reflexionan un poco, pero vuelven a caer en las garras de la ruleta, que por esos días era lo novedoso, lo *"chic"*.

Como ya hemos dicho que es autobiográfica, Dostoievski en *El Jugador*, hace alusión a los años duros en que las deudas le agobiaban, en ella retrata a los Gentlemans y a los plebeyos, refleja su forma de apostar, de ganar y de perder.

Al final se ve claramente que algunos cifran toda su esperanza, en un ansiado golpe de suerte para dilatar sus vidas, arreglarlas y poder de ser posible, seguir jugando; y acaso, hasta morir jugando. Allí no importa que el dinero sea prestado o robado, lo que cuenta es tener dinero para seguir apostando.

La compulsión por el juego es como un lobo voraz, es terrible, casi narcótica, tal es el ímpetu del apostador, que suele, incluso, perder la noción de cuándo es tiempo de retirarse... por lo tanto, la bancarrota está a la orden del día.

¿Es así la vida? ¿Quién sabe cuándo retirarse? Hombres y mujeres son víctimas por igual de la adicción al juego, que no es más que una de las tantas formas de adicción que asedian a todas las personas en todas las sociedades del mundo.

A buen entendedor...
pocas palabras

Como todo lo que se lleva al extremo, el juego puede devenir en la mismísima muerte, y esto sin contar la interminable lista de riñas provocadas por el juego, casas y hogares perdidos en una mano de póker, en un lance de dados, en un simple giro de ruleta... así, ha habido apostadores que hasta se han jugado a sus mujeres, como si estas fueran una ficha más en sus desaforados bolsillos.

Obvio es que no pretendemos ser más papistas que el Papa, ni mucho menos moralistas, pero en una sociedad como la nuestra, tan agobiada por diversos males, el juego en los salones establecidos para ese exclusivo fin, no es más que un simple y veloz atajo rumbo a la desgracia de los incautos.

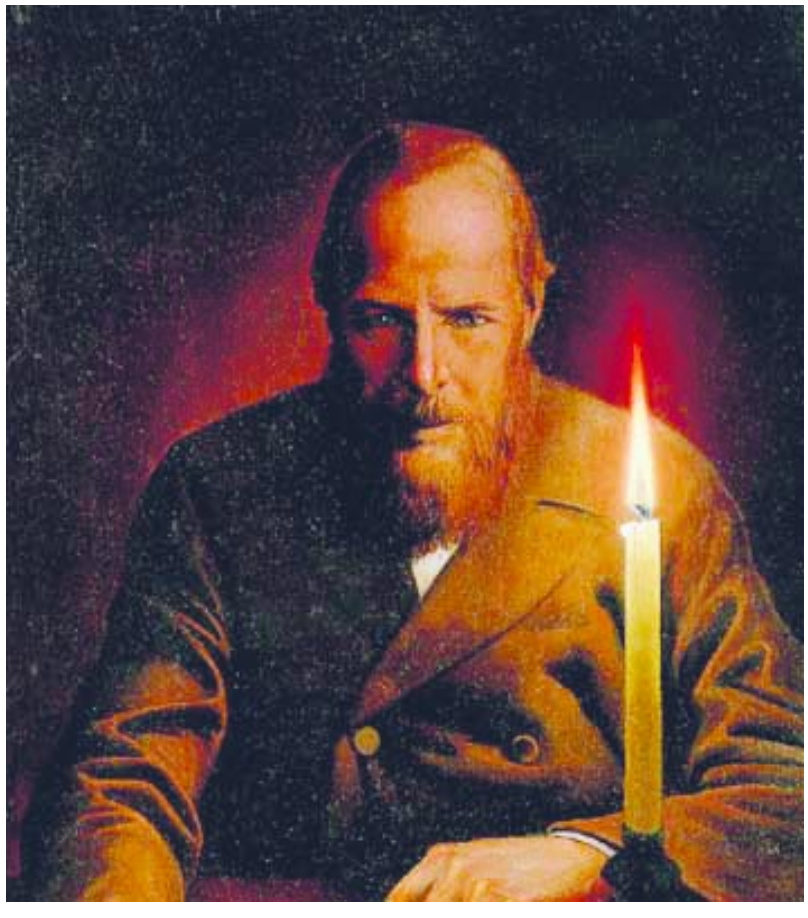
Por ello es menester que nuestros jóvenes conozcan un antiguo dicho que bien viene al caso recordar: *"Juego de manos, juego de villanos"*.

No importa cuánto se publiciten los beneficios en obras sociales provenientes del dinero surgido del juego, el producto de esos antros será siempre el mismo: perdición de la persona... dicho de otro modo, pérdida del sostén económico de la familia, pérdida de la dignidad, pérdida incluso, de almas nacidas para el bien y el progreso de la patria. Y esto, precisamente, es lo que menos necesitamos en El Salvador.

El Jugador (Fragmentos)
Cap. II

"En primer término, a mí todo aquello me parecía tan sucio... como moralmente repulsivo y asqueroso. No me refiero en modo alguno a aquellas caras ávidas e inquietas que por docenas, por centenares, bloquean las mesas de juego. En modo alguno veo nada sucio en el deseo de ganar lo antes y lo más posible; siempre se me antojó muy estúpido el pensamiento de cierto superficial moralista, que ante la disculpa de alguno: *"Mire usted, juegan poquito"*, repuso: *"Tanto peor, porque ganan menos"*. Como si la ganancia menuda y la gorda... no fueran lo mismo. Es una cosa proporcional. Lo que para Rothschild es poco, para mí resulta mucho, y en punto a pérdida y ganancia, la gente, no sólo en la ruleta, sino en todas partes, no hace otra cosa que perder o ganar unos con otros. El que sea censurable, en general, la pérdida y la ganancia... esa es otra cuestión".

"Porque hay dos juegos: uno..., propio del *"gentleman"*, y otro..., plebeyo, interesado, juego de toda la chusma. Aquí esto se distingue muy bien, y ¡qué ruin es , en realidad, tal distinción! El *"gentleman"*, por ejemplo, puede poner cinco o diez luises oro, rara vez más, aunque también puede poner mil francos, si es muy rico, pero únicamente por sólo jugar, por divertirse, sobre todo por presenciar el proceso del ganador o del perdidoso; pero en modo alguno debe interesarle el ganar. Si gana, puede, por ejemplo, echarse a reír alto, hacerle alguna observación a alguno de los que le rodean, y hasta puede volver a poner, y doblar, la postura, pero tan sólo por curiosidad, por observar las suertes, por hacer cábalas, y no por el plebeyo deseo de ganar. En una palabra: que a todas aquellas mesas de juego a la ruleta y al treinta y cuarenta ha de mirarlas no de otro modo que como una distracción, imaginada únicamente para su recreo. Las ganancias y trampas en que se basa y está fundada la banca, ni siquiera debe sospecharlas. Nada mal, pero nada mal estaría que, por ejemplo, le pareciese que todos los demás jugadores, toda aquella chusma que tiembla por encima de los güldenes... está formada por seres tan ricos y tan gentleman como él mismo, que juegan sólo por distraerse y divertirse. Esta perfecta ignorancia de la realidad y este ingenuo concepto de las gentes sería, sin duda alguna, sumamente aristocrático. Yo pude ver cómo muchas madrecitas empujaban hacia adelante a inocentes y bellas mises, de quince a dieciséis años, hijas suyas, y dándoles algunas moneditas de oro les enseñaban cómo habían de jugar. La señorita ganaba o perdía, sonreía infaliblemente, y se retiraba muy contenta. El verdadero gentleman, aunque pierda toda su



Fedor Dostoievski, una lumbrera para la humanidad y su pueblo.

fortuna, no debe denotar emoción. El dinero debe ser una cosa tan despreciable para el gentleman, que casi no vale la pena de preocuparse de él. Sin duda alguna que sería muy aristocrático no reparar lo más mínimo en toda la suciedad de toda aquella chusma y de todo aquel ambiente. Pero a veces no resulta menos aristocrático el gesto contrario; esto es, observar, pasar revista con la mirada, hasta escudriñar, por ejemplo, con los impertinentes, a toda aquella canalla; pero no de otro modo que como tomando aquella turba a toda aquella pandilla por una distracción de índole especial, como un espectáculo preparado para el solaz del gentleman.

Pero por lo que a mí se refiere, yo, personalmente, creo que sí es digno todo esto de una observación atentísima, especialmente para quien acá vino, no solamente a observar, sino que sincera y buenamente se cuenta en el número de la referida gentuza. Respecto a mis sacratísimas convicciones morales, en mis verdaderas apreciaciones, no hay espacio para ellas. Convengo en que así es: hablo tan sólo para descargar mi conciencia. Pero he aquí que he observado una cosa: que en estos últimos tiempos me resulta terriblemente enojoso el medir mis actos y mis ideas por ningún rasero moral, fuere el que fuere. Otra cosa me gobierna.

La chusma, efectivamente, juega muy sucio. Yo no puedo tampoco ahuyentar el pensamiento de que ahí en la mesa se consuman muchos vulgares latrocinios. He notado por ejemplo, que no hay nada más corriente que el que de detrás de la mesa salga de pronto uno alargando la mano y se lleve lo que usted ganó. Sobreviene una discusión, se oyen a veces gritos y... ¡vaya usted a demostrar, a buscar testigos de que aquella postura es suya!

Al principio todo aquello era para mí un enrevesado grimorio; sólo adivinaba y distinguía algo: que las posturas se hacían a números pares y nones y a colores. Con el dinero de Polina Aleksandrovna decidí aquella noche aventurar cien güldenes. La idea de que iba a lanzarme a jugar por cuenta ajena me desconcertaba un poco. Empecé por sacar cinco federicos en oro, es decir cincuenta güldenes, y ponerlos a los nones. la rueda giró y salió un trece...; gané... me fui a buscar a Polina Aleksan-drovna. Al subir a mi cuarto pude darle a Polina sus ganancias, y le dije que no volvería a jugar más por su cuenta.

-Entonces, ¿decididamente sigue usted en la creencia de que la ruleta es su único recurso y su salvación única?

-me preguntó, zumbona.

Yo le volví a responder muy serio que sí.

- Sin embargo, yo también, por estúpido que parezca, tengo puestas única y exclusivamente en la ruleta todas mis ilusiones-dijo, pensativa-. Así que usted está irremisiblemente obligado a seguir jugando a la ruleta a medias conmigo, y..., desde luego, que lo hará - y al decir esto, se alejó de mí sin escuchar mis ulteriores objeciones"...

Como podemos inferir de lo anterior, la actitud de los apostadores, es fija e inequívoca, su fe en la suerte, con todo y lo incierta que es, se cimenta en la tenencia del mínimo aceptable de dinero para participar en el juego, en el que una vez imbuidos se dejarán llevar a donde la fortuna quiera, y hasta donde la "*sociedad"* permita.

Cap. XVII

"Y, sin embargo, he aquí que apenas ha transcurrido un año y medio, y, a mi juicio, ¡estoy mucho peor que un mendigo! ¡Que un mendigo! ¡Le escupo a la miseria! Yo, sencillamente, soy un hombre perdido. ¡Por lo demás, no puedo compararme con nadie ni quiero ponerme a recitarme lecciones de moral! ¡No hay nada más estúpido que la moral en estos trances! ¡Oh, los individuos satisfechos de sí mismos! ¡Con qué orgullosa ufanía están siempre dispuestos esos charlatanes a endilgarles sus sentencias al prójimo! ¡Si supiesen hasta qué extremo comprendo yo mismo la abyección de mi presente estado, sin duda que no pondrán en movimiento su lengua para sermonearme! Porque vamos a ver, ¿qué puede decirme de nuevo que yo no sepa? ¿Acaso se trata de eso? Todo se reduce a que... bastaría una simple vuelta de la rueda para que todo cambiase, y esos moralistas fuesen los primeros -estoy seguro de ello- en venir a felicitarme. Y no me volverían la espalda como ahora. ¡Pero escupámosles a todos ellos! ¿Qué soy yo ahora? Un cero. ¿Qué puedo ser mañana? ¡Mañana puedo resucitar de entre los muertos y empezar de nuevo a vivir. Puedo descubrir el hombre que llevo dentro en tanto no me haya hundido del todo".

Final del cap. XVII

"¡Oh, me ha dado una corazonada y no puede fallarme! ¡Tengo ahora quince luises en oro y empecé con quince florines! Si empezara tanteando con prudencia..; ¡pero es posible, es posible que sea yo tan niño! ¡Acaso no comprendo que soy hombre perdido! Pero... ¿por qué no habría de poder resucitar? ¡Sí! Vale la pena ser siquiera una vez en la vida cauto y paciente y... eso es todo. ¡Vale la pena siquiera una vez mantener el carácter, y yo en una hora puedo cambiar mi destino! Lo esencial... es el carácter. basta recordar lo que me pasó a este respecto siete meses atrás en Rulettemburg, antes de mi pérdida definitiva.

¡Oh, fue un caso notable de resolución; lo perdí entonces todo, todo!... Veo desde el *"vauxhall"*, miro... en el bolsillo del chaleco, me suena todavía un gülden: *"¡Con esto tengo para comer!"*, me dije, pero apenas hube andado cien pasos, lo pensé mejor y me volvía. Puse aquel gülden a manque (aquella vez fue a manque), y verdaderamente experimentas una sensación algo especial cuando solo, en tierra extraña, lejos de tus parientes y amigos, y sin saber lo que has de llevarte hoy a la boca vas y pones allí tu último gülden, el último, el ultimísimo.

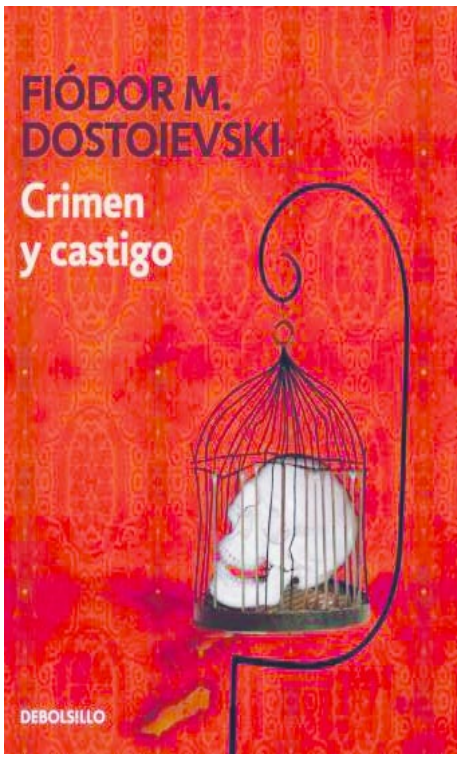
Gané, y a los veinte minutos me retiré del *"vauxhall"* llevándome ciento setenta güldenes en el bolsillo. ¡Eso es un hecho! ¡Para que se vea lo que a veces puede significar el último gülden! ¿Y si yo ahora perdiese los ánimos, y si no me atreviera a decidirme?... ¡Mañana, mañana se termina todo!"

(Fin)

****

A manera de colofón

El cuestionamiento, el autocuestionamiento a partir de la obra literaria es importante, su ejercicio constante es imperativo, por cuanto las obras en general son reflejo de la sociedad y de los individuos que la conforman. Por ello, un pueblo que lee, suele ser un pueblo sabio; asimismo, un pueblo que escribe, suele ser un pueblo con identidad cultural propia, y lo que es mejor, con un amplio sentido de la autodeterminación y del respeto.



Ahora cabe preguntarse: ¿Hasta qué punto es el juego un estilo de vida? ¿Será la vida un simple juego? ¿Habrá cosas más importantes a que apostar en la existencia? ¿Qué apuesta el ser humano cuando no tiene dinero? ¿Qué significa la dignidad del ser humano? ¿Los salvadoreños... tenemos dignidad?...

BIBLIOGRAFÍA
- El Jugador, Fedor M. Dostoievski,
8ª Edición, Editorial Espasa-Calpe S.A., España, 1977.

- Alfaro Chaverri, 2001. El Jugador. Diario Colatino.
Suplemento Cultural Tres Mil, Sección Aula Abierta, No
32, 21 septiembre de 2001.

La ruleta rusa, la ruleta loca de la vida

Segundo año de Bachillerato

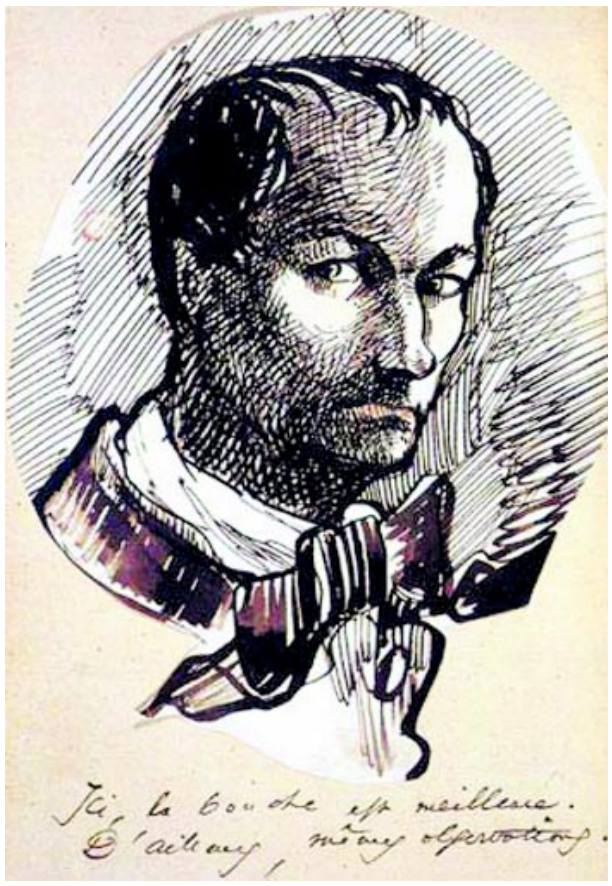
Poesía francesa: Charles Baudelarie

Selección libre

Al Lector

La estulticia, el error, el pecado, la mezquindad,
ocupan nuestros espíritus y trabajan nuestros cuerpos,
y alimentamos nuestros amables remordimientos,
como los mendigos nutren su miseria.
Nuestros pechos son tercos, nuestros arrepentimientos son cobardes
nos hacemos pagar con largueza nuestras confesiones,
y volvemos alegremente al camino fangoso,
creyendo lavar todas nuestras faltas con viles llantos.
En la almohada del mal es Satán trimegisto
quien mece largamente nuestro espíritu hechizado,
y el rico metal de nuestra voluntad
lo ha vaporizado totalmente este sabio químico.
¡El diablo es quien sostiene los hilos que nos mueven!
Encontramos atractivos los objetos repugnantes;
todos los días descendemos un paso hacia el infierno,
sin horror, a través de las tinieblas que apestan.
Como un laberinto pobre que besa y muerde
el pecho martirizado de una vieja ramera
robamos al pasar un placer clandestino
que exprimimos bien como una naranja mustia.
Prieto, hormigueante, como un millón de lombrices
en nuestro cerebro se sacia un pueblo de demonios,
y, cuando respiramos, la Muerte a nuestros pulmones
desciende, río invisible con apagados lamentos.
Si el estupro, el veneno, el puñal, el incendio,
no han bordado todavía con sus gratos dibujos
y el cañamazo trivial de nuestros míseros destinos,
es porque nuestra alma, ¡ay! no se ha atrevido.
Mas entre los chacales, las panteras, los linces,
los monos, los escorpiones, los buitres, las serpientes,
los monstruos chillones, aulladores, gruñidores, rampantes
en el establo infame de nuestros vicios,
hay uno más feo, más ruin, más inmundo.
Si bien no prodiga ampulosos gestos ni griterío,
haría con gusto de la tierra un cascajo
y en un bostezo engulliría el mundo;
¡Es el fastidio! -el ojo anegado de un llanto involuntario,
sueña patíbulos mientras fuma su pipa.
¡Tu le conoces lector, a este monstruo delicado,
-hipócrita lector- mi semejante, mi hermano!

El poeta Charles Baudelarie



Baudelarie

El enemigo

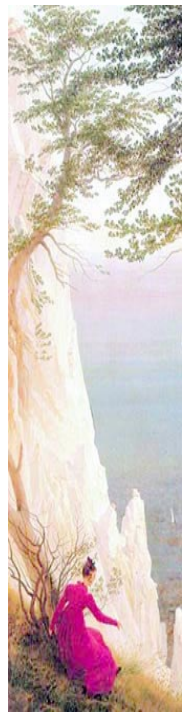
Mi juventud fue una tenebrosa tormenta,
atravesada aquí y allá por brillantes soles;
el trueno y la lluvia han hecho un estrago tal
que restan en mi jardín bien pocos de los frutos rojos.
He ahí que yo he tocado el otoño de las ideas,
y es menester emplear la pala y los rastrillos
para reunir de nuevo las tierras inundadas.
donde el agua cava agujeros grandes como tumbas.
¿Y quién sabe si las flores nuevas que yo sueño
encontrarán en este sol deslavazado como arena
el místico alimento que hará su vigor?
- ¡ Oh, dolor! ¡ oh , dolor ! El tiempo come la vida,
y el oscuro enemigo que nos roe el corazón
de la sangre que nosotros perdemos crece y se fortalece.

La belleza

Soy bella, oh, mortales, como un sueño de piedra,
y mi seno, donde cada uno se nutrió alternativamente,
está hecho para inspirar al poeta un amor,
eterno y mudo como la materia.
Alardeo en el azul, como una esfinge incomprendida;
uno un corazón de nieve a la blancura de los cisnes,
aborrezco el movimiento que desplaza las líneas,
y jamás lloro ni jamás me río.
Los poetas, delante de mis grandes actitudes
que parece tomo prestadas a los más audaces monumentos,
consumarán sus días en austeros estudios;
Pues tengo para fascinar a estos dóciles amantes,
puros espejos que hacen todas las cosas más bellas:
¡mis ojos, mis profundos ojos a las claridades eternas!

El vampiro

Tú que, como un golpe de cuchillo,
En mi corazón plañidero entraste;
tú que, fuerte como un rebaño
de demonios, viniste, loca y engalanada
De mi espíritu humillado
hacer tu cama y tu dominio;
- infame a quien estoy atado
como el forzado a la cadena
Como el juego al jugador testarudo,
como la botella al borracho,
como los gusanos a la carroña,
-¡Maldita, maldita seas!
Yo pedí la espada rápida
para conquistar mi libertad
y le he dicho al veneno pérfido
que socorra mi cobardía.
¡Ay! el veneno y la espada
me han rechazado con desdén y
me han dicho:
«Tú no eres digno de que alguien
te libere
de tu esclavitud maldita.
¡Imbécil! - de su imperio
si nuestros esfuerzos te libraran
tus besos resucitarían
el cadáver de tu vampiro».



El frasco

Hay fuertes perfumes para los que toda materia
es porosa. Se diría que penetran el cristal.
Al abrir un cofrecito venido de Oriente
en el que la cerradura rechina y gruñe chillonamente,
O en una casa desierta algún armario
lleno del acre olor de los tiempos, polvoriento y negro,
a veces se encuentra un viejo frasco que se recuerda
de donde surge todo viva un alma que retorna.
Mil pensamientos dormían, crisálidas fúnebres,
estremeciéndose dulcemente en las pesadas tinieblas,
que desprenden su ala y emprenden su vuelo
teñidos de azul, velados de rosa, bordados de oro.
He aquí el recuerdo embriagador que gira
en el aire turbio; los ojos se cierran; el vértigo
toma el alma vencida y la arroja con las dos manos
a una cima oscurecida de miasmas humanas.
La abate al borde de una sima secular
donde, Lázaro, adorante, desgarra su sudario,
se mueve en su despertar el cadáver espectral
de un viejo amor rancio, encantador y sepulcral.
Así cuando yo estaré perdido en la memoria
de los hombres, en el rincón de un siniestro armario
cuando se me habrá tirado, viejo frasco desolado,
decrépito, polvoriento, sucio, abyecto, viscoso, cascado,

La tumba de Baudelarie

¡seré tu ataúd, amable pestilencia!
El testimonio de tu fuerza y de tu virulencia,
¡querido veneno preparado por los ángeles! ¡licor
que me roe! ¡Oh, la vida y la muerte de mi corazón!

Canción de siesta

Aunque tus cejas malignas
te dan un aire extraño
que no es precisamente de un ángel,
hechicera de ojos seductores
te adoro, ¡oh mi frívola,
mi terrible pasión!
con la devoción
de un sacerdote por su ídolo.
El desierto y el bosque
perfuman tus trenzas rudas,
tu cabeza tiene las actitudes
del enigma y del secreto.
En tu carne el perfume ronda
como alrededor de un incensario;
tú encantas como la tarde,
ninfa tenebrosa y cálida.
¡Ah los filtros más fuertes
no sirven como tu pereza
y conoces la caricia
que hace revivir a los muertos

El muerto jubiloso

En una tierra grasa y llena de caracoles
quiero cavar una fosa profunda,
donde pueda a placer mostrar mis viejos huesos
y dormir en el olvido como un tiburón en la onda.
Aborrezco los testamentos y odio las sepulturas;
antes que implorar una lágrima del mundo,
viviendo, preferiría invitar a los cuervos
a sangrar todos los salientes de mi esqueleto inmundo.
¡Oh gusanos! negros compañeros sin oreja y sin ojos,
ved venir a vosotros un muerto libre y jubiloso;
filósofos disolutos, hijos de la podredumbre,
a través de mi ruina id, pues, sin remordimiento, y decidme
[si hay todavía alguna tortura
para este viejo cuerpo sin alma y muerto entre los muertos.

El vino del solitario

La mirada singular de una mujer galante
que se dirige hacia nosotros como el rayo blanco
que la luna ondulante envía al lago estremecido,
cuando ella allí quiere bañar su belleza fascinante;
la última bolsa de escudos en los dedos de un jugador
un beso libertino de la delgada Adelina;
los sones de una música enervadora y minosa,
semejante al grito de un humano dolor,
todo esto no vale, oh, botella profunda,
los bálsamos penetrantes que tu panza fecunda
guarda para el corazón alterado del poeta piadoso;
tú le viertes la esperanza, la juventud y la vida,
-¡y el orgullo, este tesoro de toda miseria,
que nos hace triunfantes y semejantes a los dioses!.

El albatros

A menudo, por divertirse, los hombres de la tripulación
cogen albatros, grandes pájaros de los mares,
que siguen, como indolentes compañeros de viaje,
al navío que se desliza por los abismos amargos.

Apenas les han colocado en las planchas de cubierta,
estos reyes del cielo torpes y vergonzosos,
dejan lastimosamente sus grandes alas blancas
colgando como remos en sus costados.

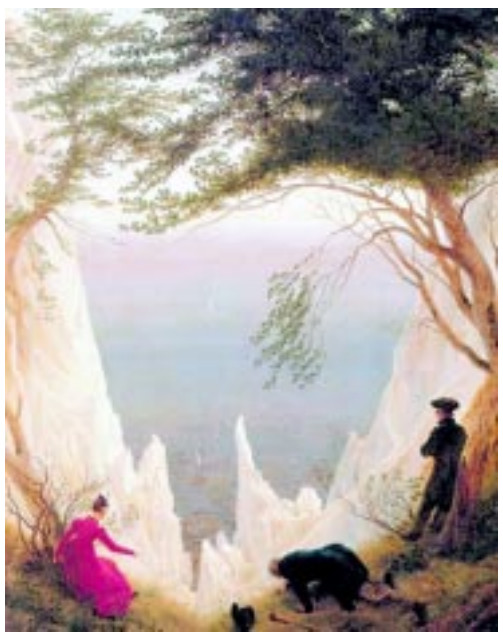
¡Qué torpe y débil es este alado viajero!
Hace poco tan bello, ¡qué cómico y qué feo!
Uno le provoca dándole con una pipa en el pico,
otro imita, cojeando, al abatido que volaba.

El Poeta es semejante al príncipe de las nubes
que frecuenta la tempestad y se ríe del arquero;
desterrado en el suelo en medio de los abucheos,
sus alas de gigante le impiden caminar.

Lo irreparable

¿Podemos ahogar el viejo, el largo remordimiento,
que vive, se agita y se retuerce,
y se alimenta de nosotros como el gusano de los muertos,
como del roble la oruga?
¿Podemos ahogar el implacable remordimiento?
¿En que filtro, en que vino, en qué tisana,
ahogaremos a ese viejo enemigo,
destructor y glotón como la cortesana,
paciente como la hormiga?
¿En que filtro, en que vino, en que tisana?
Dilo bella hechicera ¡oh, di!, si lo sabes
a este espíritu colmado de angustia
y semejante al moribundo al que aplastan los heridos,
al que la herradura del caballo magulla
dilo bella hechicera, ¡oh, di!, si lo sabes,
a este agonizante que el lobo ya olfatea
y al que vigila el cuervo
a ese soldado roto, si es preciso que desespere
de tener su cruz y su tumba.
¡Ese pobre agonizante que el lobo ya olfatea!
¿Se puede iluminar un cielo borroso y negro?

¿Se pueden desgarrar las tinieblas
más densas que la pez , sin mañana ni noche,
sin astros, sin relámpagos fúnebres?
¿Se puede iluminar un cielo borroso y negro?
La esperanza que brilla en los vidrios de la hostería
se ha apagado, ha muerto para siempre
Sin luna y sin resplandores, encontrar dónde se hospeda
a los mártires.... de un camino malvado.
¡El diablo ha apagado todos los vidrios de la hostería!
Adorable hechicera, ¿amas los condenados?
Di, ¿conoces lo irremediable?
¿Conoces el remordimiento, de los dardos envenenados,
al cual nuestro corazón sirve de blanco?
Adorable hechicera, ¿Amas a los condenados?
Lo irreparable roe con su diente maldito
nuestra alma, lamentable monumento,
y a menudo ataca, igual que el terme,
por la base del edificio.
¡Lo irreparable roe con su diente maldito!
He visto a veces en el fondo de un teatro trivial



que encendía la orquesta sonora
un hada encender en un cielo infernal
una milagrosa aurora
He visto a veces en el fondo de un teatro trivial.
Un ser que sólo era luz, oro y gasa,
derribar al enorme Satán.
Pero mi corazón, al cual nunca visita el éxtasis
es un teatro donde se espera
siempre, siempre en vano, al ser de las alas de gasa.

El poema de la semana

Muerte de Narciso

José Lezama Lima

Dánae teje el tiempo dorado por el Nilo,
envolviendo los labios que pasaban
entre labios y vuelos desligados.
La mano o el labio o el pájaro nevaban.
Era el círculo en nieve que se abría.
Mano era sin sangre la seda que borraba
la perfección que muere de rodillas
y en su celo se esconde y se divierte.

Vertical desde el mármol no miraba
la frente que se abría en loto húmedo.
En chillido sin fin se abría la floresta
al airado redoble en flecha y muerte.
¿No se apresura tal vez su fría mirada
sobre la garza real y el frío tan débil
del poniente, grito que ayuda la fuga
del dormir, llama fría y lengua alfilereada?

Rostro absoluto, firmeza mentida del espejo.
El espejo se olvida del sonido y de la noche
y su puerta al cambiante pontífice entreabre.
Máscara y río, grifo de los sueños.
Frío muerto y cabellera desterrada del aire
que la crea, del aire que le miente son
de vida arrastrada a la nube y a la abierta
boca negada en sangre que se mueve.

Ascendiendo en el pecho solo blanda,
olvidada por un aliento que olvida y desentraña.
Olvidado papel, fresco agujero al corazón
saltante se apresura y la sonrisa al caracol.

La mano que por el aire líneas impulsaba,
seca, sonrisas caminando por la nieve.
Ahora llevaba el oído al caracol, el caracol
enterrando firme oído en la seda del estanque.

Granizados toronjiles y ríos de velamen congelados,
aguardan la señal de una mustia hoja de oro,
alzada en espiral, sobre el otoño de aguas tan hirvientes.
Dócil rubí queda suspirando en su fuga ya ascendiendo.
Ya el otoño recorre las islas no cuidadas, guarnecidas
islas y aislada paloma muda entre dos hojas enterradas.
El río en la suma de sus ojos anunciaba
lo que pesa la luna en sus espaldas y el aliento que en halo convertía.

Antorchas como peces, flaco garzón trabaja noche y cielo,
arco y cestillo y sierpes encendidos, carámbano y lebrel.
Pluma morada, no mojada, pez mirándome, sepulcro.
Ecuestres faisanes ya no advierten mano sin eco, pulso desdoblado
los dedos en inmóvil calendario y el hastío en su trono cejijunto.
Lenta se forma ola en la marmórea cavidad que mira
por espaldas que nunca me preguntan, en veneno
que nunca se pervierte y en su escudo ni potros ni faisanes.

Como se derrama la ausencia en la flecha que se aísla
y como la fresa respira hilando su cristal,
así el otoño en que su labio muere, así el granizo
en blando espejo destroza la mirada que le ciñe,
que le miente la pluma por los labios, laberinto y halago
le recorre junto a la fuente que humedece el sueño.
La ausencia, el espejo ya en el cabello que en la playa
extiende y al aislado cabello pregunta y se divierte.

Fronda leve vierte la ascensión que asume.
¿No es la curva corintia traición de confitados mirabeles,
que el espejo reúne o navega, ciego desterrado?
¿Ya se siente temblar el pájaro en mano terrenal?
Ya sólo cae el pájaro, la mano que la cárcel mueve,
los dioses hundidos entre la piedra, el carbunclo y la doncella.
Si la ausencia pregunta con la nieve desmayada,
forma en la pluma, no círculos que la pulpa abandona sumergida.

Triste recorre-curva ceñida en ceniciento airón-
el espacio que manos desalojan, timbre ausente
y avivado azafrán, tiernos redobles sus extremos.
Convocados se agitan los durmientes, fruncen las olas
batiendo en torno de ajedrez dormido, su insepulta tiara.
Su insepulta madera blanda el frío pico del hirviente cisne.
Reluce muelle: falsos diamantes; pluma cambiante: terso atlas.
Verdes chillidos: juegan las olas, blanda muerte el relámpago en sus venas.

Ahogadas cintas mudo el labio las ofrece.
Orientales cestillos cuelan agua de luna.
Los más dormidos son los que más se apresuran,
se entierran, pluma en el grito, silbo enmascarado, entre frentes y garfios.
Estirado mármol como un río que recurva o aprisiona
los labios destrozados, pero los ciegos no oscilan.
Espirales de heroicos tenores caen en el pecho de una paloma
y allí se agitan hasta relucir como flechas en su abrigo de noche.

Una flecha destaca, una espalda se ausenta.
Relámpago es violeta si alfiler en la nieve y terco rostro.
Tierra húmeda ascendiendo hasta el rostro, flecha cerrada.
Polvos de luna y húmeda tierra, el perfil desgajado en la nube que es espejo.
Frescas las valvas de la noche y límite airado de las conchas
en su cárcel sin sed se desbancan los brazos,
no preguntan corales en estrías de abejas y en secretos
confusos despiertan recordando curvos brazos y engaste de la frente.

Desde ayer las preguntas se divierten o se cierran
al impulso de frutos polvorosos o de islas donde acampan
los tesoros que la rabia esparce, adula o reconviene.
Los donceles trabajan en las nueces y el surtidor de frente a su sonido
en la llama fabrica sus raíces y su mansión de gritos soterrados.
Si se aleja, recta abeja, el espejo destroza el río mudo.
Si se hunde, media sirena al fuego, las hilachas que surcan el invierno
tejen blanco cuerpo en preguntas de estatua polvorienta.

Cuerpo del sonido el enjambre que mudos pinos claman,
despertando el oleaje en lisas llamaradas y vuelos sosegados,
guiados por la paloma que sin ojos chilla,
que sin clavel la frente espejo es de ondas, no recuerdos.
Van reuniendo en ojos, hilando en el clavel no siempre ardido
el abismo de nieve alquitarada o gimiendo en el cielo apuntalado.
Los corceles si nieve o si cobre guiados por miradas la súplica
destilan o más firmes recurvan a la mudez primera ya sin cielo.

La nieve que en los sistros no penetra, arguye
en hojas, recta destroza vidrio en el oído,
nidos blancos, en su centro ya encienden tibios los corales,
huidos los donceles en sus ciervos de hastío, en sus bosques rosados.
Convierten si coral y doncel rizo las voces, nieve los caminos
donde el cuerpo sonoro se mece con los pinos, delgado cabecea.
Mas esforzado pino, ya columna de humo tan aguado
que canario en su aguja y surtidor en viento desrizado.

Narciso, Narciso. Las astas del ciervo asesinado
son peces, son llamas, son flautas, son dedos mordisqueados.
Narciso, Narciso. Los cabellos guiando florentinos reptan perfiles,
labios sus rutas, llamas tristes las olas mordiendo sus caderas.
Pez del frío verde el aire en el espejo sin estrías, racimo de palomas
ocultas en la garganta muerta: hija de la flecha y de los cisnes.
Garza divaga, concha en la ola, nube en el desgaire,
espuma colgaba de los ojos, gota marmórea y dulce plinto no
[ofreciendo.

Chillidos frutados en la nieve, el secreto en geranio convertido.
La blancura seda es ascendiendo en labio derramada,
abre un olvido en las islas, espadas y pestañas vienen
a entregar el sueño, a rendir espejo en litoral de tierra y roca impura.
Húmedos labios no en la concha que busca recto hilo,
esclavos del perfil y del velamen secos el aire muerden
al tornasol que cambia su sonido en rubio tornasol de cal salada,
busca en lo rubio espejo de la muerte, concha del sonido.

Si atraviesa el espejo hierven las aguas que agitan el oído.
Si se sienta en su borde o en su frente el centurión pulsa en su costado.
Si declama penetran en la mirada y se fruncen las letras en el sueño.
Ola de aire envuelve secreto albino, piel arponeada,
que coloreado espejo sombra es del recuerdo y minuto del silencio.
Ya traspasa blancura recto sinfín en llamas secas y hojas lloviznadas.
Chorro de abejas increadas muerden la estela, pídenle el costado.
Así el espejo averiguó callado, así Narciso en pleamar fugó
[sin alas.

Narciso de Caravaggio

Lezama Lima

El cuento de la semana

Manuscrito hallado en una botella

Edgar Allan Poe (Estados Unidos: 1809-1849)

Qui n'a plus qu'un moment à vivre
N'a plus rien à dissimuler.
Auinault - Atys

Sobre mi país y mi familia tengo poco que decir. Un trato injusto y el paso de los años me han alejado de uno y malquistado con la otra. Mi patrimonio me permitió recibir una educación poco común y una inclinación contemplativa permitió que convirtiera en metódicos los conocimientos diligentemente adquiridos en tempranos estudios. Pero por sobre todas las cosas me proporcionaba gran placer el estudio de los moralistas alemanes; no por una desatinada admiración a su elocuente locura, sino por la facilidad con que mis rígidos hábitos mentales me permitían detectar sus falsedades. A menudo se me ha reprochado la aridez de mi talento; la falta de imaginación se me ha imputado como un crimen; y el escepticismo de mis opiniones me ha hecho notorio en todo momento. En realidad, temo que una fuerte inclinación por la filosofía física haya teñido mi mente con un error muy común en esta época: hablo de la costumbre de referir sucesos, aun los menos susceptibles de dicha referencia, a los principios de esa disciplina. En definitiva, no creo que nadie haya menos propenso que yo a alejarse de los severos límites de la verdad, dejándose llevar por el ignes fatui de la superstición. Me ha parecido conveniente sentar esta premisa, para que la historia increíble que debo narrar no sea considerada el desvarío de una imaginación desbocada, sino la experiencia auténtica de una mente para quien los ensueños de la fantasía han sido letra muerta y nulidad.

Después de muchos años de viajar por el extranjero, en el año 18... me embarqué en el puerto de Batavia, en la próspera y populosa isla de Java, en un crucero por el archipiélago de las islas Sonda. Iba en calidad de pasajero, sólo inducido por una especie de nerviosa inquietud que me acosaba como un espíritu malévolo.

Nuestro hermoso navío, de unas cuatrocientas toneladas, había sido construido en Bombay en madera de teca de Malabar con remaches de cobre. Transportaba una carga de algodón en rama y aceite, de las islas Laquevidas. También llevábamos a bordo fibra de corteza de coco, azúcar morena de las Islas Orientales, manteca clarificada de leche de búfalo, granos de cacao y algunos cajones de opio. La carga había sido mal estibada y el barco escoraba.

Zarpamos apenas impulsados por una leve brisa, y durante muchos días permanecimos cerca de la costa oriental de Java, sin otro incidente que quebrara la monotonía de nuestro curso que el ocasional encuentro con los pequeños barquitos de dos mástiles del archipiélago al que nos dirigíamos.

Una tarde, apoyado sobre el pasamanos de la borda de popa, vi hacia el noroeste una nube muy singular y aislada. Era notable, no sólo por su color, sino por ser la primera que veíamos desde nuestra partida de Batavia. La observé con atención hasta la puesta del sol, cuando de repente se extendió hacia este y oeste, ciñendo el horizonte con una angosta franja de vapor y adquiriendo la forma de una larga línea de playa. Pronto atrajo mi atención la coloración de un tono rojo oscuro de la luna, y la extraña apariencia del mar. Éste sufría una rápida transformación y el agua parecía más transparente que de costumbre. Pese a que alcanzaba a ver claramente el fondo, al echar la sonda comprobé que el barco navegaba a quince brazas de profundidad. Entonces el aire se puso intolerablemente caluroso y cargado de exhalaciones en espiral, similares a las que surgen del hierro al rojo. A medida que fue cayendo la noche, desapareció todo vestigio de brisa y resultaba imposible concebir una calma mayor. Sobre la toldilla ardía la llama de una vela sin el más imperceptible movimiento, y un largo cabello, sostenido entre dos dedos, colgaba sin que se advirtiera la menor vibración. Sin embargo, el capitán dijo que no percibía indicación alguna de peligro, pero como navegábamos a la deriva en dirección a la costa, ordenó arriar las velas y echar el ancla. No apostó vigías y la tripulación, compuesta en su mayoría por malayos, se tendió deliberadamente sobre cubierta. Yo bajé... sobrecogido por un mal presentimiento. En verdad, todas las apariencias me advertían la inminencia de un simún. Transmití mis temores al capitán, pero él no prestó atención a mis palabras y se alejó sin dignarse a responderme. Sin embargo, mi inquietud me impedía dormir y alrededor de medianoche subí a cubierta. Al apoyar el pie sobre el último peldaño de la escalera de cámara me sobresaltó un ruido fuerte e intenso, semejante al producido por el giro veloz de la rueda de un molino, y antes de que pudiera averiguar su significado, percibí una vibración en el centro del barco. Instantes después se desplomó sobre nosotros un furioso mar de espuma que, pasando por sobre el puente, barrió la cubierta de proa a popa.

La extrema violencia de la ráfaga fue, en gran medida, la salvación del barco. Aunque totalmente cubierto por el agua, como sus mástiles habían volado por la borda, después de un minuto se enderezó pesadamente, salió a la superficie, y luego de vacilar algunos instantes bajo la presión de la tempestad, se enderezó por fin.

Me resultaría imposible explicar qué milagro me salvó de la destrucción. Aturdido por el choque del agua, al volver en mí me encontré estrujado entre el mástil de popa y el timón. Me puse de pie con gran dificultad y, al mirar, mareado, a mi alrededor, mi primera impresión fue que nos encontrábamos entre arrecifes, tan tremendo e inimaginable era el remolino de olas enormes y llenas de espuma en que estábamos sumidos. Instantes después oí la voz de un anciano sueco que había embarcado poco antes de que el barco zarpara. Lo llamé con todas mis fuerzas y al rato se me acercó tambaleante. No tardamos en descubrir que éramos los únicos sobrevivientes. Con excepción de nosotros, las olas acababan de barrer con todo lo que se hallaba en cubierta; el capitán y los oficiales debían haber muerto mientras dormían, porque los camarotes estaban totalmente anegados. Sin ayuda era poco lo que podíamos hacer por la seguridad del barco y nos paralizó la convicción de que no tardaríamos en zozobrar. Por cierto que el primer embate del huracán destrozó el cable del ancla, porque de no ser así nos habríamos hundido instantáneamente. Navegábamos a una velocidad tremenda, y las olas rompían sobre nosotros. El maderamen de popa estaba hecho añicos y todo el barco había sufrido gravísimas averías; pero comprobamos con júbilo que las bombas no estaban atascadas y que el lastre no parecía haberse descentrado. La primera ráfaga había amainado, y la violencia del viento ya no entrañaba gran peligro; pero la posibilidad de que cesara por completo nos aterrorizaba, convencidos de que, en medio del oleaje siguiente, sin duda, moriríamos. Pero no parecía probable que el justificado temor se convirtiera en una pronta realidad. Durante cinco días y noches completos -en los cuales nuestro único alimento consistió en una pequeña cantidad de melaza que trabajosamente logramos procurarnos en el castillo de proa- la carcasa del barco avanzó a una velocidad imposible de calcular, impulsada por sucesivas ráfagas que, sin igualar la violencia del primitivo Simún, eran más aterrorizantes que cualquier otra tempestad vivida por mí en el pasado. Con pequeñas variantes, durante los primeros cuatro días nuestro curso fue sudeste, y debimos haber costeado Nueva Holanda. Al quinto día el frío era intenso, pese a que el viento había girado un punto hacia el norte. El sol nacía con una enfermiza coloración amarillenta y trepaba apenas unos grados sobre el horizonte, sin irradiar una decidida luminosidad. No había nubes a la vista, y sin embargo el viento arreciaba y soplaba con furia despareja e irregular. Alrededor de mediodía -aproximadamente, porque sólo podíamos adivinar la hora- volvió a llamarnos la atención la apariencia del sol. No irradiaba lo que con propiedad podríamos llamar luz, sino un resplandor opaco y lúgubre, sin reflejos, como si todos sus rayos estuvieran polarizados. Justo antes de hundirse en el mar turgente su fuego central se apagó de modo abrupto, como por obra de un poder inexplicable. Quedó sólo reducido a un aro plateado y pálido que se sumergía de prisa en el mar insondable.

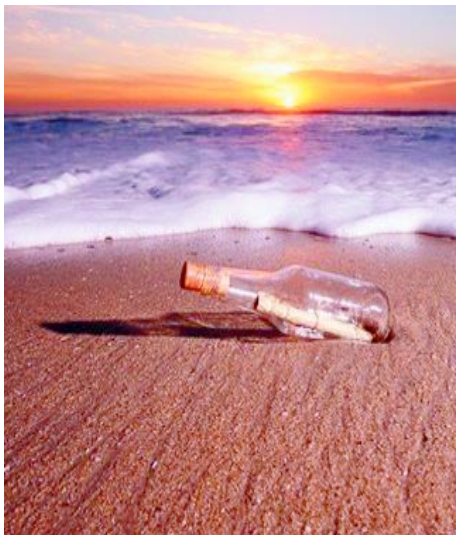
Esperamos en vano la llegada del sexto día -ese día que para mí no ha llegado y que para el sueco no llegó nunca. A partir de aquel momento quedamos sumidos en una profunda oscuridad, a tal punto que no hubiéramos podido ver un objeto a veinte pasos del barco. La noche eterna continuó envolviéndonos, ni siquiera atenuada por la fosforescencia brillante del mar a la que nos habíamos acostumbrado en los trópicos. También observamos que, aunque la tempestad continuaba rugiendo con interminable violencia, ya no conservaba su apariencia habitual de olas ni de espuma con las que antes nos envolvía. A nuestro alrededor todo era espanto, profunda oscuridad y un negro y sofocante desierto de ébano. Un terror supersticioso fue creciendo en el espíritu del viejo sueco, y mi propia alma estaba envuelta en un silencioso asombro. Abandonarnos todo intento de atender el barco, por considerarlo inútil, y nos aseguramos lo mejor posible a la base del palo de mesana, clavando con amargura la mirada en el océano inmenso. No habría manera de calcular el tiempo ni de prever nuestra posición. Sin embargo teníamos plena conciencia de haber avanzado más hacia el sur que cualquier otro navegante anterior y nos asombró no encontrar los habituales impedimentos de hielo. Mientras tanto, cada instante amenazaba con ser el último de nuestras vidas... olas enormes, como montañas se precipitaban para abatirnos. El oleaje sobrepasaba todo lo que yo hubiera imaginado, y fue un milagro que no zozobráramos instantáneamente. Mi acompañante hablaba de la liviandad de nuestro cargamento y me recordaba las excelentes cualidades de nuestro barco; pero yo no podía menos que sentir la absoluta inutilidad de la esperanza misma, y me preparaba melancólicamente para una muerte que, en mi opinión, nada podía demorar ya más de una hora, porque con cada nudo que el barco recorría el mar negro y tenebroso adquiría más violencia. Por momentos jadeábamos para respirar, elevados a una altura superior a la del albatros... y otras veces nos mareaba la velocidad de nuestro descenso a un infierno acuoso donde el aire se estancaba y ningún sonido turbaba el sopor del "kraken".

Nos encontrábamos en el fondo de uno de esos abismos, cuando un repentino grito de mi compañero resonó horriblemente en la noche. "¡Mire, mire!" exclamó, chillando junto a mi oído, "¡Dios Todopoderoso! ¡Mire! ¡Mire!". Mientras hablaba percibí el resplandor de una luz mortecina y rojiza que recorría los costados del inmenso abismo en que nos encontrábamos, arrojando cierto brillo sobre nuestra cubierta. Al levantar la mirada, contemplé un espectáculo que me heló la sangre. A una altura tremenda, directamente encima de nosotros y al borde mismo del precipicio líquido, flotaba un gigantesco navío, de quizás cuatro mil toneladas. Pese a estar en la cresta de una ola que lo sobrepasaba más de cien veces en altura, su tamaño excedía el de cualquier barco de línea o de la compañía de Islas Orientales. Su enorme casco era de un negro profundo y sucio y no lo adornaban los acostumbrados mascarones de los navíos. Una sola hilera de cañones de bronce asomaba por los portañolas abiertas, y sus relucientes superficies reflejaban las luces de innumerables linternas de combate que se balanceaban de un lado al otro en las jarcias. Pero lo que más asombro y estupefacción nos provocó fue que en medio de ese mar sobrenatural y de ese huracán ingobernable, navegara con todas las velas desplegadas. Al verlo por primera vez sólo distinguimos su proa y poco a poco fue alzándose sobre el sombrío y horrible torbellino. Durante un momento de intenso terror se detuvo sobre el vertiginoso pináculo, como si contemplara su propia sublimidad, después se estremeció, vaciló y... se precipitó sobre nosotros.

En ese instante no sé qué repentino dominio de mí mismo surgió de mi espíritu. A los tropezones, retrocedí todo lo que pude hacia popa y allí esperé sin temor la catástrofe. Nuestro propio barco había abandonado por fin la lucha y se hundía de proa en el mar. En consecuencia, recibió el impacto de la masa descendente en la parte ya sumergida de su estructura y el resultado inevitable fue que me vi lanzado con violencia irresistible contra los obenques del barco desconocido.

En el momento en que caí, la nave viró y se escoró, y supuse que la consiguiente confusión había impedido que la tripulación reparara en mi presencia. Me dirigí sin dificultad y sin ser visto hasta la escotilla principal, que se encontraba parcialmente abierta, y pronto encontré la oportunidad de ocultarme en la bodega. No podría explicar por qué lo hice. Tal vez el principal motivo haya sido la indefinible sensación de temor que, desde el primer instante, me provocaron los tripulantes de ese navío. No estaba dispuesto a confiarme a personas que a primera vista me producían una vaga extrañeza, duda y aprensión. Por lo tanto consideré conveniente encontrar un escondite en la bodega. Lo logré moviendo una pequeña porción de la armazón, y así me aseguré un refugio conveniente entre las enormes cuadernas del buque.

Apenas había completado mi trabajo cuando el sonido de pasos en la bodega me obligó a hacer uso de él. Junto



a mí escondite pasó un hombre que avanzaba con pasos débiles y andar inseguro. No alcancé a verle el rostro, pero tuve oportunidad de observar su apariencia general. Todo en él denotaba poca firmeza y una avanzada edad. Bajo el peso de los años le temblaban las rodillas, y su cuerpo parecía agobiado por una gran carga. Murmuraba en voz baja como hablando consigo mismo, pronunciaba palabras entrecortadas en un idioma que yo no comprendía y empezó a tantear una pila de instrumentos de aspecto singular y de viejas cartas de navegación que había en un rincón. Su actitud era una extraña mezcla de la terquedad de la segunda infancia y la solemne dignidad de un Dios. Por fin subió nuevamente a cubierta y no lo volví a ver.

* * *

Un sentimiento que no puedo definir se ha posesionado de mi alma; es una sensación que no admite análisis, frente a la cual las experiencias de épocas pasadas resultan inadecuadas y cuya clave, me temo, no me será ofrecida por el futuro. Para una mente como la mía, esta última consideración es una tortura. Sé que nunca, nunca, me daré por satisfecho con respecto a la naturaleza de mis conceptos. Y sin embargo no debe asombrarme que esos conceptos sean indefinidos, puesto que tienen su origen en fuentes totalmente nuevas. Un nuevo sentido... una nueva entidad se incorpora a mi alma.

* * *

Hace ya mucho tiempo que recorrí la cubierta de este barco terrible, y creo que los rayos de mi destino se están concentrando en un foco. ¡Qué hombres incomprensibles! Envueltos en meditaciones cuya especie no alcanzo a adivinar, pasan a mi lado sin percibir mi presencia. Ocultarme sería una locura, porque esta gente no quiere ver. Hace pocos minutos pasé directamente frente a los ojos del segundo oficial; no hace mucho que me aventuré a entrar a la cabina privada del capitán, donde tomé los elementos con que ahora escribo y he escrito lo anterior. De vez en cuando continuaré escribiendo este diario. Es posible que no pueda encontrar la oportunidad de darlo a conocer al mundo, pero trataré de lograrlo. A último momento, introduciré el mensaje en una botella y la arrojaré al mar.

* * *

Ha ocurrido un incidente que me proporciona nuevos motivos de meditación. ¿Ocurren estas cosas por fuerza de un azar sin gobierno? Me había aventurado a cubierta donde estaba tendido, sin llamar la atención, entre una pila de flechaduras y viejas velas, en el fondo de una balandra. Mientras meditaba en lo singular de mi destino, inadvertidamente tomé un pincel mojado en brea y pinté los bordes de una vela arrastradera cuidadosamente doblada sobre un barril, a mi lado. La vela ha sido izada y las marcas irreflexivas que hice con el pincel se despliegan formando la palabra descubrimiento.

Últimamente he hecho muchas observaciones sobre la estructura del navío. Aunque bien armado, no creo que sea un barco de guerra. Sus jarcias, construcción y equipo en general, contradicen una suposición semejante. Alcanzo a percibir con facilidad lo que el navío no es, pero me temo no poder afirmar lo que es. Ignoro por qué, pero al observar su extraño modelo y la forma singular de sus mástiles, su enorme tamaño y su excesivo velamen, su proa severamente sencilla y su popa anticuada, de repente cruza por mi mente una sensación de cosas familiares y con esas sombras imprecisas del recuerdo siempre se mezcla la memoria de viejas crónicas extranjeras y de épocas remotas.

He estado estudiando el maderamen de la nave. Ha sido construida con un material que me resulta desconocido. Las características peculiares de la madera me dan la impresión de que no es apropiada para el propósito al que se la aplicara. Me refiero a su extrema porosidad, independientemente considerada de los daños ocasionados por los gusanos, que son una consecuencia de navegar por estos mares, y de la podredumbre provocada por los años. Tal vez la mía parezca una observación excesivamente insólita, pero esta madera posee todas las características del roble español, en el caso de que el roble español fuera dilatado por medios artificiales.

Al leer la frase anterior, viene a mi memoria el apotegma que un viejo lobo de mar holandés repetía siempre que alguien ponía en duda su veracidad. «Tan seguro es, como que hay un mar donde el barco mismo crece en tamaño, como el cuerpo viviente del marino."

Hace una hora tuve la osadía de mezclarme con un grupo de tripulantes. No me prestaron la menor atención y, aunque estaba parado en medio de todos ellos, parecían absolutamente ignorantes de mi presencia. Lo mismo que el primero que vi en la bodega, todos daban señales de tener una edad avanzada. Les temblaban las rodillas achacosas; la decrepitud les inclinaba los hombros; el viento estremecía sus pieles arrugadas; sus voces eran bajas, trémulas y quebradas; en sus ojos brillaba el lagrimeo de la vejez y la tempestad agitaba terriblemente sus cabellos grises. Alrededor de ellos, por toda la cubierta, yacían desparramados instrumentos matemáticos de la más pintoresca y anticuada construcción.

Hace un tiempo mencioné que había sido izada un ala del trinquete. Desde entonces, desbocado por el viento, el barco ha continuado su aterradora carrera hacia el sur, con todas las velas desplegadas desde la punta de los mástiles hasta los botalones inferiores, hundiendo a cada instante sus penoles en el más espantoso infierno de agua que pueda concebir la mente de un hombre. Acabo de abandonar la cubierta, donde me resulta imposible mantenerme en pie, pese a que la tripulación parece experimentar pocos inconvenientes. Se me antoja un milagro de milagros que nuestra enorme masa no sea definitivamente devorada por el mar. Sin duda estamos condenados a flotar indefinidamente al borde de la eternidad sin precipitamos por fin en el abismo. Remontamos olas mil veces más gigantescas que las que he visto en mi vida, por las que nos deslizamos con la facilidad de una gaviota; y las aguas colosales alzan su cabeza por sobre nosotros como demonios de las profundidades, pero como demonios limitados a la simple amenaza y a quienes les está prohibido destruir. Todo me lleva a atribuir esta continua huida del desastre a la única causa natural que puede producir ese efecto. Debo suponer que el barco navega dentro de la influencia de una corriente poderosa, o de un impetuoso mar de fondo.

He visto al capitán cara a cara, en su propia cabina, pero, tal como esperaba, no me prestó la menor atención. Aunque para un observador casual no haya en su apariencia nada que puede diferenciarlo, en más o en menos, de un hombre común, al asombro con que lo contemplé se mezcló un sentimiento de incontenible reverencia y de respeto. Tiene aproximadamente mi estatura, es decir cinco pies y ocho pulgadas. Su cuerpo es sólido y bien proporcionado, ni robusto ni particularmente notable en ningún sentido. Pero es la singularidad de la expresión que reina en su rostro... es la intensa, la maravillosa, la emocionada evidencia de una vejez tan absoluta, tan extrema, lo que excita en mi espíritu una sensación... un sentimiento inefable. Su frente, aunque poco arrugada, parece soportar el sello de una miríada de años. Sus cabellos grises son una historia del pasado, y sus ojos, aún más grises, son sibilas del futuro. El piso de la cabina estaba cubierto de extraños pliegos de papel unidos entre sí por broches de hierro y de arruinados instrumentos científicos y obsoletas cartas de navegación en desuso. Con la cabeza apoyada en las manos, el capitán contemplaba con mirada inquieta un papel que supuse sería una concesión y que, en todo caso, llevaba la firma de un monarca. Murmuraba para sí, igual que el primer tripulante a quien vi en la bodega, sílabas obstinadas de un idioma extranjero, y aunque se encontraba muy cerca de mí, su voz parecía llegar a mis oídos desde una milla de distancia.

El barco y todo su contenido está impregnado por el espíritu de la Vejez. Los tripulantes se deslizan de aquí para allá como fantasmas de siglos ya enterrados; sus miradas reflejan inquietud y ansiedad, y cuando el extraño resplandor de las linternas de combate ilumina sus dedos, siento lo que no he sentido nunca, pese a haber comerciado la vida entera en antigüedades y absorbido las sombras de columnas caídas en Baalbek, en Tadmor y en Persépolis, hasta que mi propia alma se convirtió en una ruina.

Al mirar a mi alrededor, me avergüenzan mis anteriores aprensiones. Si temblé ante la ráfaga que nos ha perseguido hasta ahora, ¿cómo no horrorizarme ante un asalto de viento y mar para definir los cuales las palabras tornado y simún resultan triviales e ineficaces? En la vecindad inmediata del navío reina la negrura de la noche eterna y un caos de agua sin espuma; pero aproximadamente a una legua a cada lado de nosotros alcanzan a verse, oscuramente y a intervalos, imponentes murallas de hielo que se alzan hacia el cielo desolado y que parecen las paredes del universo.

Como imaginaba, el barco sin duda está en una corriente; si así se puede llamar con propiedad a una marea que aullando y chillando entre las blancas paredes de hielo se precipita hacia el sur con la velocidad con que cae una catarata.

Presumo que es absolutamente imposible concebir el horror de mis sensaciones; sin embargo la curiosidad por penetrar en los misterios de estas regiones horribles predomina sobre mi desesperación y me reconciliará con las más odiosa apariencia de la muerte. Es evidente que nos precipitamos hacia algún conocimiento apasionante, un secreto imposible de compartir, cuyo descubrimiento lleva en sí la destrucción. Tal vez esta corriente nos conduzca hacia el mismo polo sur. Debo confesar que una suposición en apariencia tan extravagante tiene todas las probabilidades a su favor.

La tripulación recorre la cubierta con pasos inquietos y trémulos; pero en sus semblantes la ansiedad de la esperanza supera a la apatía de la desesperación.

Mientras tanto, seguimos navegando con viento de popa y como llevamos todas las velas desplegadas, por momentos el barco se eleva por sobre el mar. ¡Oh, horror de horrores! De repente el hielo se abre a derecha e izquierda y giramos vertiginosamente en inmensos círculos concéntricos, rodeando una y otra vez los bordes de un gigantesco anfiteatro, el ápice de cuyas paredes se pierde en la oscuridad y la distancia. ¡Pero me queda poco tiempo para meditar en mi destino! Los círculos se estrechan con rapidez... nos precipitamos furiosamente en la vorágine... y entre el rugir, el aullar y el atronar del océano y de la tempestad el barco trepida... ¡oh, Dios!... ¡y se hunde ...!

Oh gota de rocío,
no dejes de caer.

Martiana

Versos Sencillos-1891

XXXIII-DE MI DESDICHA ESPANTOSA...

De mi desdicha espantosa
Siento, oh estrellas, que muero:
Yo quiero vivir, yo quiero
Ver a una mujer hermosa.

El cabello, como un casco,
Le corona el rostro bello:
Brilla su negro cabello
Como un sable de Damasco.

¿Aquélla?... Pues pon la hiel
Del mundo entero en un haz,
Y tállala en cuerpo, y ¡haz
Un alma entera de hiel!

¿Esta?... Pues esta infeliz
Lleva escarpines rosados,
Y los labios colorados,
Y la cara de barniz.

El alma lúgubre grita:
"¡Mujer, maldita mujer!"
¡No sé yo quién pueda ser
Entre las dos la maldita!

XXXIV-PENAS...

¡Penas! ¿Quién osa decir
Que tengo yo penas? Luego,
Después del rayo, y del fuego,
Tendré tiempo de sufrir.

Yo sé de un pesar profundo
Entre las penas sin nombres:
¡La esclavitud de los hombres
Es la gran pena del mundo!

Hay montes, y hay que subir
Los montes altos; ¡después
Veremos, alma, quién es
Quien te me ha puesto al morir!

XXXV-¿QUÉ IMPORTA QUE TU PUÑAL...?

¿Qué importa que tu puñal
Se me clave en el riñón?
¡Tengo mis versos, que son
Más fuertes que tu puñal!

¿Qué importa que este dolor
Seque el mar, y nuble el cielo?
El verso, dulce consuelo,
Nace alado del dolor.

XXXVI-YA SÉ: DE CARNE SE PUEDE HACER...

Ya sé: de carne se puede
Hacer una flor: se puede,
Con el poder del cariño,
Hacer un cielo,– ¡y un niño!

De carne se hace también
El alacrán; y también
El gusano de la rosa,
Y la lechuza espantosa.

José Martí, patriota cubano
(1853-1895)